

## ASUMIR LOS RETOS DE UNA SOCIEDAD TRANSFORMADA

No pocas situaciones de irritaciones en la Iglesia proceden de la confrontación con las justas transformaciones de la sociedad. A algunos estas situaciones producen miedo. Llegan a considerarlas como una amenaza. Hemos de pensar, muy al contrario, que se trata de un gran desafío para la Iglesia. Y es que incluso, a través de las mutaciones sociales, la Iglesia será conducida a su renovación.

¿Qué es lo que caracteriza hoy estos cambios de la sociedad y qué consecuencias tienen para la Iglesia? Nuestra sociedad se ha hecho **plural**. No hace mucho tiempo se daba un amplio consenso sobre los valores. Esta situación se hallaba muy a menudo contrasignada por un orden social cristiano. Vivimos hoy, por contra, en medio de un "**pluralismo de valores**" dentro del cual cada uno está llamado a optar por un determinado "sistema de valores". El sistema de valores propio del cristianismo es ya uno más entre otros muchos. En nuestros días sólo perviven aquellos órdenes de valores que adquieren credibilidad. Únicamente tienen futuro los que se demuestran como "buenos para la vida humana". Pues bien, a la Iglesia le toca ahora presentarse a esta especie de "certamen". La Iglesia debería renovarse de tal forma, que se convirtiera, a través de la presentación del ideal cristiano, en una ayuda imprescindible en la solución de los problemas que están surgiendo en nuestros días.

La sociedad se ha hecho **secular**. Se han "mundanizado" las cosas cotidianas, la vida familiar y hasta los momentos festivos cuyo origen fue cristiano. Junto a esta secularización crece, de día en día, un ansia por encontrar sustitutivos de la religión. Por ello surgen formas nuevas de ritualizar las fechas señaladas del año y los acontecimientos importantes de la vida. Ante ¿esto, la Iglesia no puede eludir la disyuntiva: o quedarse simplemente "al margen", o bien ofrecer conscientemente alternativas. No le es consentido conformarse con dejarse utilizar cual si fuera un adorno de las celebraciones seculares. Y, sin embargo, podría aprovechar su experiencia para convertir esos nuevos ritos en puentes por los que se pueda pasar de lo "mundano" a lo "religioso".

El **influjo** de la Iglesia sobre la sociedad y la política ha disminuido. Ello ha privado a la Iglesia de muchos apoyos e incluso la ha sacado del ámbito donde actúa la coacción social. Aquellas situaciones mantenían en otro tiempo al hombre en comunión con la Iglesia, o hasta lo motivaban en su asiduidad al templo. Considerada la nueva situación, la Iglesia precisa situar sus propósitos más allá de los avatares de las elecciones democráticas. Ella se granjeará un puesto en la sociedad, si muestra su desinterés haciendo de abogada de los que no tienen ningún "Lobby" en este mundo. Para ello es indispensable

que la Iglesia no se deje acaparar por partido político alguno. Conforme vayan surgiendo problemas que preocupen a los hombres, deberá ir fijando el perfil de sus aliados.

Las **autoridades** están **cuestionadas**. La autoridad ya no se legitima en nuestra sociedad aduciendo el peso de su status, sino que tiene que legitimarse con argumentos y credibilidad personal e institucional. Esto concierne a padres, enseñantes, políticos, obispos, sacerdotes, religiosos y a la Iglesia en su conjunto, particularmente en el desempeño de su magisterio. Ello exige en la Iglesia una nueva forma de entender y ejercer una autoridad, nacida de la fuerza de los argumentos y de la transparencia personal. Esta situación impulsa a la comunidad eclesial a encontrar configuraciones renovadas en la proclamación de la Palabra, por un lado. Por otro lado, la obliga a establecer unas normas nuevas en la determinación de los que han de desempeñar los diversos servicios.

Ha crecido la **autoconciencia** del hombre. El hombre moderno rechaza que se le impongan las cosas desde fuera y se empeña en la consecución de una autonomía cada vez mayor. El derecho a la cogestión es tenido hoy por uno de los derechos fundamentales. Por esa razón son rechazados los regímenes autoritarios, hasta tal punto, que puede decirse que la mayoría de los regímenes políticos de tal catadura han desaparecido. Dentro de la Iglesia se ha optado por la corresponsabilidad, pero siempre de modo vacilante. Algunos tienen el temor de que, de esta manera, habrá que capitular de cosas esenciales a la "estructura" jerárquica eclesiástica. No obstante, la llamada a ir dando cuerpo a formas democráticas en los procesos decisivos en la Iglesia se adecua a la autocomprensión del hombre moderno y también a la nueva visión de la Iglesia en cuanto Pueblo de Dios. La historia de la Iglesia ofrece magníficos modelos de ello, sobre todo dentro de la tradición de los Institutos de vida consagrada. En estos Institutos la corresponsabilidad se ha comprendido de múltiples maneras en el pasado y en nuestros días se sigue entendiendo y practicando.

El **ethos** tiende a privatizarse. El miedo a la colectivización, a la manipulación de la masa, conduce a formas nuevas de individualismo. No sólo está bien vista la privatización de la existencia, sino también del ethos. Lo bueno no es algo determinando a priori. Es, por el contrario, lo que hace bien a los individuos. Por tal motivo, las exigencias morales han de apelar a la responsabilidad de cada uno, mucho antes que estructurarse como normas abstractas. La moralidad de un acto tendrá cada vez menos que ver con el valor que le confieran las normas objetivas, cosa aún corriente dentro de la Iglesia.

El matrimonio así como las relaciones entre hombre y mujer y la familia han sufrido un fuerte cambio. Ello ha sido propiciado por condiciones

económicas y sociales nuevas. Sin embargo, el cambio procede igualmente de las demandas de emancipación con respecto a los modelos de comportamiento tradicionales. Las advertencias de la Iglesia respecto al matrimonio y la familia ya no son estimadas como ayuda o apoyo, antes al contrario, muchos la ven como una limitación. Los sentimientos de culpabilidad o incluso la conciencia de pecado ya no se hallan en relación con las normas de la Iglesia, si bien hay que decir que la moral emergente carece todavía de fundamentación profunda y sólida. Lo que se espera de la Iglesia no es tanto la reglamentación de las relaciones humanas, cuanto la ayuda para que la vida en pareja, por ejemplo, pueda llegar a buen puerto. Ello sólo puede conseguirse con una pastoral matrimonial adecuada, que, a la vez que tiene como fundamento el Evangelio, no pierde de vista los conocimientos científicos recientes sobre la vida humana.

La cuestión de la mujer fue ya propuesta por Juan XXIII desde 1963 en su encíclica *Pacem in Terris* como uno de los "signos de los tiempos" más importantes. La credibilidad de una Iglesia que aboga por los derechos humanos se medirá hoy de manera creciente por el puesto que dentro de la propia Iglesia se otorgue a la mujer. Este asunto tiene algo que ver con la cuestión de si la mujer puede ser ordenada. Y ello se considera repetidamente como un test de la citada credibilidad de la Iglesia. Sea de ello lo que fuere, a la Iglesia no le es dado entorpecer los esfuerzos emancipatorios de las mujeres. Por tal motivo, tiene que cuidar sus manifestaciones magisteriales con respecto a la ordenación de mujeres. Es como si la cuestión de la mujer se hubiera convertido en aquel problema que definirá el futuro de la Iglesia.

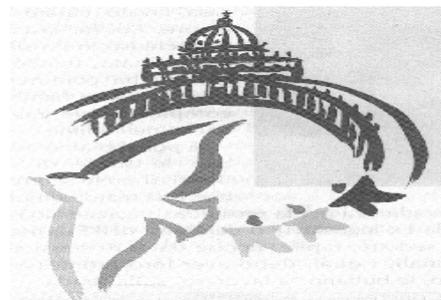
En contraposición a la secularización a la que he hecho mención, da la impresión de que hoy **crecen las demandas religiosas** en las formas más variadas. A esas demandas, no obstante, se tiende a dar respuesta fuera de las tradiciones religiosas consabidas y de las grandes Iglesias. Hay formas de meditación que son enseñadas por algunos representantes de las religiones y de las filosofías del Extremo Oriente, desvinculados ya de las riquezas de las tradiciones cristianas. La experiencia de Dios se busca ahora más allá de los confines de una liturgia "ritualizada". Tomando en consideración los cambios acaecidos en las inmediaciones de la Iglesia, hay que reconocer que aún no hemos encontrado una manera nueva de anunciar el Evangelio. En el ejercicio de una sana autocrítica, la renovación tendría que llevarnos a verificar sin prejuicios las razones por las que tantos católicos se comprometen en otros espacios distintos del nuestro. Acaso habría que traducir la riqueza de la tradición de la Iglesia a otras formas expresivas y, tal vez, a ritos nuevos.

Son justamente los profundos cambios de la sociedad, ya apuntados, los que infunden miedo a

algunos dentro de la Iglesia. Ello frena todo avance. Pero una Iglesia que se halla de camino con toda la familia humana no puede permitirse tener los ojos fijos en lo que ya dejó atrás. No quiero ello decir que tenga que entrar en una dinámica de corto alcance. Por el contrario, la Iglesia debe estar lista para discernir cuáles son los cambios esenciales y para modificar la clase de anuncio que de ella se demanda. Debe mostrarse dispuesta a mudar los signos orales en los que se concreta el Evangelio. Incluso precisa agilidad para mudar las estructuras por las que se rige su vida. De este modo se capacitará para llevar a término su misión de servicio a los hombres del presente. El Concilio Vaticano II abrió nuevos senderos en este caminar, poniéndose a la cabeza de todo avance humano.

## DE LA POLARIZACIÓN A UNA DIVERSIDAD RECONCILIADORA

El lastre mayor de cuantos sufre la Iglesia en nuestros días de una polarización creciente. La interpretación diversa del Concilio ha dado lugar a grupos antagónicos dentro de la Iglesia. Cada uno de ellos suele pensar que se le ha encomendado la perpetuación de la ortodoxia eclesial.



En primer lugar, es preciso reconocer la buena voluntad de estos grupos, empeñados en realizar algo conectado con el bien de la Iglesia y de la

humanidad. Pero es necesario hacer notar que, en algunos casos, el modo en que se desarrollan sus confrontaciones les ha hecho perder toda base de argumentación teológica seria. Tal cosa tiene lugar cuando se enfrentan de modo puramente polémico y ofensivo. Obrando así se apartan de la fe verdadera y, con ello, no sólo frenan la renovación de la Iglesia, sino que, en realidad, proponen una imagen deslegitimada de ella ante los ojos de un mundo de por sí desgarrado. Los que tienen responsabilidades, particularmente en Roma, se esfuerzan por poner fin a esta situación, llevándolos a todos a aquella unidad de disciplina que, en cada momento, sea hacedera. Pero se tiene la impresión de que, en medio de estas tensiones, los más conservadores resultan ser los preferidos. Sea de ello lo que fuere, es oportuno preguntarse: ¿de qué manera todo esto puede ser beneficioso para el progreso eclesial?

Siempre hubo en la Iglesia distintas corrientes, que no pusieron en entredicho su unidad, sino que dieron relevancia a la pluralidad eclesial. Ello puede decirse de igual manera de las tendencias teológicas; de las escuelas espirituales; de ciertos movimientos

de renovación en el espíritu de la pobreza evangélica; de las plurales maneras de entender la piedad. Ayudar a los distintos grupos y las diversas maneras de pensar a conseguir una verdadera reconciliación: he aquí lo que tendría que ocupar en nuestros días las opciones preferentes de los que ostentan las mayores responsabilidades eclesiales. Pero la pretensión de unidad comporta algunas cosas que implican también a los diversos grupos: que cada uno de ellos esté dispuesto a aceptar a los demás en su diversidad, que los sientan como una parte del todo, y, en fin, que sean capaces de aprender los unos de los otros. El futuro de la Iglesia no se puede ya tejer con los mimbres de la uniformidad, sino de una **diversidad** capaz de promover ininterrumpidamente la **reconciliación cristiana**. De este modo la Iglesia católica puede ofrecer, desde sus mismas entrañas, un ejemplo de ecumenismo para los demás cristianos. Así brindará también una ayuda a la sociedad, mostrándole que, más allá de todas las diversidades que parecen separarnos, es posible vivir en paz.

### LLAMAR POR SU NOMBRE A LAS NOVEDADES EN LA IGLESIA

El Concilio V. II supuso un sin fin de novedades. Con ello no se quiso en modo alguno constituir una "nueva Iglesia". Los padres conciliares intentaron sólo dar un salto, partiendo de la tradición. En los últimos siglos esa tradición había conducido a rigideces que conllevaron un sistema de "uniformidad" y que hicieron que la teología se desarrollara por caminos de estrechez unilateral. Si uno quiere ser justo con la voluntad del Concilio y, en definitiva, ser fiel al Espíritu de Dios, tiene que llamar por su nombre a este salto. El progreso a que dio origen el Vaticano II sólo puede tener éxito, si se confiesa abiertamente la novedad conciliar a la que me he referido. No es bueno intentar socavar el crédito del Concilio con el recurso a una pretendida tradición, que, casi siempre, no es sino la tradición del siglo XIX.

La renovación de la Iglesia tendrá únicamente éxito, si tomamos como punto de partida la nueva imagen eclesial salida del Concilio. Por ejemplo, la tan urgente cooperación en una pastoral del matrimonio puede únicamente ser viable si el propio **matrimonio** se fundamenta sobre la base bíblica propuesta por el Vaticano II, lo cual se aparta ostensiblemente de las perspectivas inmediatamente precedentes. El hombre moderno sólo podrá ser motivado a asumir sus responsabilidades, si se le enseña a escuchar a su conciencia en el sentido de las enseñanzas del Concilio. El **ecumenismo** tiene un único chance de futuro: acoger con toda claridad las propuestas del Vaticano II en su decreto sobre el tema y dar los pasos conducentes a movilizar este asunto sin ningún género de reticencias. El **diálogo interreligioso** se puede verificar exclusivamente a condición de que se tome en serio la libertad religiosa, cuya aceptación

resultó tan fatigosa en su momento y que supuso un afortunado y consciente alejamiento de un cierto modo de entender la tradición. En resumen, los necesarios avances quedarían frenados si se pretendieran explicar todas y cada una de las decisiones conciliares tomando como único criterio la tradición.

### LOS CAMBIOS DE ESTRUCTURAS NO LO SON TODO, PERO RESULTAN INDISPENSABLES

Hay dos conceptos aparentemente contrapuestos de renovación que terminan por dilatarla en el tiempo. Los hay que piensan que todo depende de una mutación de las estructuras, hasta tal punto de que, cambiadas dichas estructuras, todos los problemas de la Iglesia de hoy quedarían solucionados. Otros reclaman una "conversión interior". No excluyen una subsiguiente mutación de las estructuras, pero no la consideran necesaria. Las disputas entre estos dos grupos, en ocasiones violentas, no están siempre desprovistas de fundamento ideológico. Al que se muestra partidario del cambio de estructuras, se le achaca habitualmente que desea obrar una trasmutación del ser de la Iglesia y que se esfuerza por darle una configuración que nada tiene que ver con el Espíritu de Jesús.

A los que reclaman primero la "conversión interior" se les echa en cara que están reprimiendo la salida a la luz de los verdaderos problemas y que eluden las necesarias reformas metiéndose tras el escondite de la "espiritualidad". Sin embargo, la recta renovación sólo puede llevarse a efecto si se tienen en cuenta ambos extremos.

Los cambios estructurales se hacen indispensables allí donde la "vida espiritual" sufriría menoscabo sin ellos. Pensemos, por ejemplo, en que, por la escasez de sacerdotes, un párroco tiene, con mucha frecuencia, que hacerse cargo de varias parroquias. Esta situación amenaza con extenderse aún más, sobre todo si se considera la vetustez de las estructuras que regulan la vida sacerdotal en Europa. La cura de almas queda, así, reducida a la pura administración de los sacramentos. La guía pastoral de las comunidades en su sentido más profundo se va haciendo cada vez más difícil. Pero ni siquiera está asegurado el servicio a los cristianos a través de la sola administración de los sacramentos. Cada día crece el número de parroquias en las que no se puede contar con una celebración eucarística dominical de manera regular. Por el contrario, la situación general de la pastoral sanitaria ha ido enriqueciéndose en cuanto a su contenido humano gracias a la incorporación de asistentes pastorales o de voluntarios. En el otro extremo de la asistencia a los enfermos, se siguen colocando los sacramentos de la reconciliación y de la unción de los enfermos, que han sufrido menoscabo por la ya apuntada carencia de sacerdotes. Se han buscado compensaciones a esta misma situación valiéndose

de celebraciones penitenciales comunitarias o de sacramentales, como son la bendición o el agua bendita. Por otra parte, es preciso afirmar que la renovación del sacramento de la penitencia sólo será factible cuando se sustituya el trámite actual de la confesión auricular rápida por una charla más personalizada, tal como ya prevé el rito actual de la celebración de la reconciliación. Y, sin embargo, volvemos siempre al mismo problema. La carestía de sacerdotes aborta desde el principio tan buenos propósitos.

Llama poderosamente la atención el hecho de que precisamente los mismos que se apuntan en primera instancia a una renovación "espiritual", sean los que, de modo implícito, exijan una vuelta a la disciplina sacramental anterior. Es de temer que, con una tal actitud, se pretenda eludir cualquier reforma de las estructuras. Surge la pregunta de si el precio exigido por tal regreso a la práctica sacramental anterior no resulta hoy muy alto. Cabe la cuestión de si este "consumo extenuante" de sacramentos es incluso posible.

Si, tenido en cuenta todo esto, alguien llega a proponer alguna revisión en las condiciones de admisión al sacerdocio, no debe ser acusado de pretender sepultar el ministerio ordenado. Muy por el contrario, ha de ser tenido por alguien que se preocupa de que se den las circunstancias normales en la vida sacramental de una comunidad cristiana. Los que dicen que se deben conceder facultades a los asistentes pastorales para que puedan administrar la unción de los enfermos, están respaldados por una carta del 19 de marzo del 416 escrita por el papa Inocencio I al obispo Decencio de Gubbio (Italia). En este escrito se afirma textualmente que los santos óleos, consagrados por el obispo, «pueden ser usados como unción por todos los cristianos para remediar las propias necesidades o para salir al paso de las necesidades de los suyos». Y de acuerdo con la comprensión que hoy se tiene de los sacramentos, parece que, al menos, tales facultades podrían ser concedidas a los diáconos, siempre que haya consenso sobre tal tema en la Iglesia universal.

Estos ejemplos hacen patente que la renovación espiritual de la Iglesia no puede ser utilizada como algo opuesto a la renovación estructural. Ambas han de cooperar a que la Iglesia lleve a misión en el mundo actual.

## SOÑAR UNA IGLESIA AL SERVICIO DE LA RENOVACIÓN HOY

He aquí los signos distintivos que tendría que tener una Iglesia al servicio de la renovación conciliar:

➤ Vivir con plena conciencia la tensión entre el "ya ahora", pero "todavía no". Ello llevaría a la Iglesia a estar pendiente del Reino de Dios que ha de venir. Al mismo tiempo, la

facultaría para percibir que los signos de ese Reino se manifiestan como algo capaz de ser experimentado en el aquí y en el ahora.

➤ Tener absoluta conciencia de la propia misión religiosa. Al mismo tiempo, la Iglesia tiene que salir al encuentro del mundo en cuanto luz y energía, precisamente como consecuencia de su misión religiosa. De este modo servirá a la constitución y afianzamiento de la comunidad humana de acuerdo con los designios de Dios (Cf. G. et Sp. 42).

➤ Dar vida a la celebración de los sacramentos. Ellos son la presencia de Dios dentro de la comunidad con su inquebrantable "Sí" al mundo que creó.

➤ Convertirse en abogada e intercesora de aquellos que no tienen ningún peso social.

➤ Desde el ámbito que le es propio, buscar la primacía de lo que la sociedad considera como digno de la naturaleza humana o importante para la vida. Hablo de una Iglesia llamada a realizarse en comunidades pequeñas como modelo y alternativa a toda otra forma de existencia en común. En tales comunidades la ley y la norma deberían ser el reinado de Dios.

➤ Estar dispuesta a un diálogo libre de prejuicios con el mundo. En él la Iglesia habría de conocer en la fe lo que puede ofrecer al mundo y, al propio tiempo, cuántas gracias tiene que dar a la historia y al desarrollo de la humanidad por los bienes que recibe del mundo (CE G. et Sp). 36. 44).

➤ Dar de mano a los condicionamientos políticos de otras épocas y ser capaz de establecer alianzas con hombres de buena voluntad.

➤ En cuanto iglesia romano-católica y en gracia de la propia credibilidad de su testimonio a favor de la reconciliación entre los cristianos, emprender todas las acciones imaginables y conducentes a favorecer un incremento de la unidad ecuménica. Reconocer aún con mayor nitidez las raíces comunes con el judaísmo. En unión con las demás religiones monoteístas debería estar dispuesta a dar testimonio común de un Dios verdadero, misericordioso, amante de la paz.

➤ No buscar el dominio sobre el mundo, sino estar en disposición de servirlo. Buscar su identidad mezclándose con este mundo en cuanto sal y levadura de la comunidad humana, en cuanto luz que brilla en las tinieblas.